

Dos diamantes

Fuera del poblado, por enmedio de una senda embasurada y medio deshecha caminaban: delante una chiquilla con el traje descolorido y poblado de disimulos, en seguida un hombre de contextura notablemente maciza, reciente indumentaria y reloj y cadena de oro.

La mañana era toda luz.

Á poco la niña se detuvo para esperar. Señor, aquí es, dijo cuando el hombre que la seguía hubo llegado; abrió una puertecita inválida y triste, la que dejó paso á una bocanada de humedad pestilente, y entró saliendo al cabo llena de inquietud.

En el semblante del médico asomaron en tropel la desconfianza y la irresolución.

—No se marche, señor, entre, mi madre es la enferma; ha sido una desgracia, créame, entre, entre, le pagaremos, aquí pagamos siempre ¿no le digo? le pagaremos, pero entre á verla!

El médico, saboreando siempre una duda, entró al fin, hallándose á los pocos pasos, por efecto de una violencia en las retinas, extraviado en una porción de noche. Se detuvo durante un rato á fin de acostumbrar la vista y avanzó hacia un rincón, guiado por la llama feneciente de una lamparilla que vertía siniestros lampos sobre la faz amarillosa de la infeliz lavandera

tendida en una cama llena de trapos viejos. Habló á la paciente lo de estilo, y cuando se hubo librado la mano del guante, para hacer la prueba del pulso, la mirada de la lamparilla despertó tímidos brillos de azul en un inmenso brillante reciamente engarzado en oro. En seguida la receta de rigor quedó escrita, y así que el contenido de una cajita de cartón—mezquinos ahorros de la obrera—desapareció en el bolsillo del visitante, éste, para acordar mejor con la usanza, comenzó á despachar las recomendaciones del caso. «Había que hallar frecuentemente al médico, encontrar otra casa menos húmeda y ojalá no tan distante, alimentarse mejor, mucho aire, mucho sol, pasear...»

La pobre enferma oía todo aquello con una de esas sonrisas en las que parece palpitar algo rematadamente frío, de esas que no diciendo nada, lo dicen todo, lo revelan todo.

Cuando el médico dejó de hablar, una lágrima se equilibraba en uno de los pómulos de la lavandera.

Los siniestros lampos de la lamparilla, arrancaron á aquel otro diamante dardos de luz que fueron á encararse con los azulados brillos despiertos en el cristal retenido reciamente por amarras de oro.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

Los imbéciles

Odio á los hombres incapaces é impotentes, me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios.

Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos, y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta.

No he podido jamás dar dos pasos

sin encontrarme tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso á salpicaros el rostro con la baba de su medianía.

Estos necios se mueven y hablan, y con su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué